



El Politécnico,
donde la técnica late
desde 1936

CLAUDIA VILLALOBOS

En la Ciudad de México hay instituciones que se caminan, pero otras que, como el Instituto Politécnico Nacional (IPN) se sienten, porque tienen latido propio. El del Politécnico se escucha, desde que uno pisa sus instalaciones, en el ruido de la maquinaria de los talleres, en el tintineo de los tubos de ensayo en los laboratorios y en los ecos que dejan miles de pasos estudiantiles.

Es el pulso del Instituto Politécnico Nacional, esa gran maquinaria educativa que, desde 1936, convirtió la técnica en bandera y la educación pública en una causa que todavía hoy siembra esperanza en quienes cruzan sus pasillos.

La historia del Politécnico no se cuenta, se respira. El General Lázaro Cárdenas del Río imaginó una institución capaz de formar técnicos, ingenieros, científicos, obreros especializados, pero sobre todo, ciudadanos instruidos provenientes de los sectores populares, quienes contribuyeran a levantar un país que estaba aprendiendo a pronunciar la palabra "modernidad". Así, impregnado de sueños, apostó por la

Los primeros politécnicos iniciaron su formación en salones austeros, en talleres con olor a soldadura, yeso, aceite e impregnados de deseos de superación



educación como herramienta de justicia social y nació un proyecto educativo que marcaría generaciones.

Los primeros politécnicos iniciaron su formación en salones austeros, en talleres con olor a soldadura, yeso, aceite e impregnados de deseos de superación. Había, sobre todo, una convicción casi obstinada de que la educación técnica era algo más que un oficio: era movilidad social y también identidad. Por eso no sorprende que la comunidad politécnica, incluso desde aquellos años, ya se distinguiera por su espíritu solidario, su humor ingenieril y vocación de servicio.

EXPANSIÓN GUINDA

Con el tiempo, el Instituto creció como lo hacen las ciudades: expandiéndose, multiplicándose, inventándose a sí mismo. Se crearon nuevas escuelas, laboratorios, centros de investigación y cada año aumentaba el número de aspirantes que deseaban convertirse en alumnos para renovar el pacto con la ciencia y la técnica. Surgieron las vocacionales y a la Unidad Profesional "Lázaro Cárdenas", ubicada en el Casco de Santo Tomás, se sumó la Unidad Profesional "Adolfo López Mateos", localizada en Zatenco, donde se empezaron a escribir nuevas páginas de la historia política.

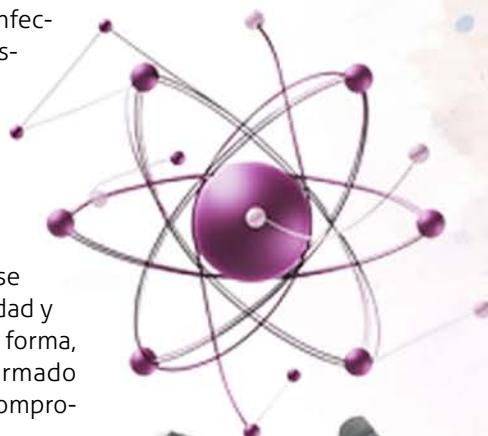
Pero la historia del *Poli* no sólo está hecha de edificios o de nombres ilustres. Está confecionada de momentos, de noches de desvelo, de los nervios del primer contacto con un torno, de pasillos con trazos de historias.

Basta recordar los sismos o las emergencias sanitarias, períodos de crisis cuando los colores guinda y blanco aparecen en escena y los políticos se organizan para dar muestras de solidaridad y trabajo técnico sin aspavientos. De esa forma, por generaciones el *Poli* no sólo ha formado profesionales, sino también personas comprometidas con el bienestar social.

Quien ha pasado por el *Poli* reconoce sus sonidos: el martilleo en los laboratorios de ingeniería mecánica; la vibración casi mística de las bobinas en las prácticas de electricidad; el murmullo constante en las aulas de las vocacionales; los ensayos de danza folklórica y los acordes de la Orquesta Sinfónica, así como los gritos de los equipos deportivos entrenando al atardecer, entre otros sonidos distintivos.

Y, por supuesto, el lema que no necesita micrófono: "¡La Técnica al Servicio de la Patria!", una frase que terminó siendo identidad, consigna, orgullo y, a veces, punzada en el pecho durante los momentos difíciles.

Poco a poco el Instituto fue creciendo y se extendió por todo el país. Aparecieron centros de investigación que hoy figuran entre los más reconocidos de América Latina. En esos laboratorios se estudia desde el comportamiento de los materiales hasta las aplicaciones médicas de la nanotecnología.



Pero lo más sorprendente no es la ciencia de frontera, es cómo la comunidad política lleva esa ciencia a la calle mediante brigadas médicas y apoyo durante desastres naturales. Y es que el *Poli* no sólo produce conocimiento, lo comparte; no sólo investiga, acompaña y da esperanza a quienes más lo necesitan.

Cada generación guarda sus anécdotas, como aquel profesor severo que termina siendo una leyenda. La porra improvisada en un pasillo. La primera vez que un estudiante, con manos temblorosas pero firmes, logra que su primer circuito encienda. Las madrugadas en los talleres donde el frío duele, pero el orgullo calienta. Son historias mínimas que, juntas, forman una tradición gigantesca.

EN EL *POLI* CABEN TODAS LAS HISTORIAS

Hoy el IPN es un mosaico de identidades. Hay quien estudia para investigar neutrinos y quien aprende a reparar motores o quien diseña algoritmos. Aquellos que crean moléculas para buscar la cura de enfermedades; quien domina los secretos de la química; los que desarrollan biotecnología, así como quienes vuelven a casa con la ropa manchada de grasa y el alma llena de satisfacción. Todos, sin excepción, se reconocen por la misma frase que cuelga como emblema en aulas, reuniones, pasillos y laboratorios: ¡Orgullosamente polítécnicos!

Nueve décadas después de su fundación, el IPN sigue siendo una de las instituciones más grandes de México y de América Latina. Con nuevas escuelas, nuevos programas, nuevos centros, nuevos desafíos tecnológicos y nuevos estudiantes que llegan cada año con los mismos nervios y la misma ilusión: ser parte de algo más grande que ellos.

Porque eso es el Politécnico: una casa enorme donde caben todas las historias. Un puente entre la ciencia y la sociedad. Un motor colectivo que, desde miles de talleres y laboratorios, sigue construyendo el país del mañana, donde muchas cosas cambian y otras se olvidan, pero el Instituto Politécnico Nacional permanece en sus edificios que guardan ecos de conocimientos, sueños, esperanzas y risas juveniles.

El Politécnico permanece en sus egresados, que llevan la técnica a cada rincón del país y también en sus símbolos, sus tradiciones y su grito de guerra: el majestuoso Huélum que hace vibrar a propios y extraños.

Y sobre todo permanece en algo difícil de explicar, pero fácil de sentir: la certeza de que, mientras exista el Politécnico, habrá en México un lugar donde la educación pública forme profesionales que cambien el futuro del país.

Hoy por hoy el Politécnico, más que una institución, es una forma de mirar a México: desde la técnica, pero también desde la convicción de que el conocimiento es una herramienta para transformar realidades.

Al final, el IPN sigue siendo, y lo fue desde sus inicios, un cúmulo de talento, un laboratorio del futuro. Un corazón guinda gigantesco que palpitá apasionado –al ritmo del Huélum–, desde hace 90 años, en diversas zonas de la Ciudad de México y su eco resuena en todo el país y también comienza a latir con fuerza en otras regiones geográficas. ♀

